

LA PALABRA DE LA REGLA DEL



La Regla del Carmen no es sólo un mosaico de citas bíblicas de la Escritura sabiamente amalgamadas en un discurrir orgánico, sino una actualización y relectura de la Palabra de Dios. De hecho, quien se atreva a entrar en la arquitectura de la Regla del Carmen descubrirá cómo la Palabra de Dios se yergue como un avezado mistagogo que nos va conduciendo hasta la unión con Dios en el amor.

Es difícil saber cuántas veces la Regla usa la Biblia. Algunos hablan de más de cien veces. El "autor" de la Regla conocía la Biblia de memoria y la asimiló hasta el punto de no distinguir entre sus palabras y las de la Escritura. La usa sin citar; alude a ella sin verificar; junta y separa las frases cómo y cuándo quiere; cambia y adapta cuando le parece útil, como si fuese su propia palabra. Este proceso es fruto de una larga y asidua lectura marcada por la familiaridad, la libertad y la fidelidad con la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios es el esqueleto que sostiene la arquitectura de la Regla. La

E DIOS EN CARMEN



*Regla de San Alberto
(Pietro Lorenzetti, Siena)*

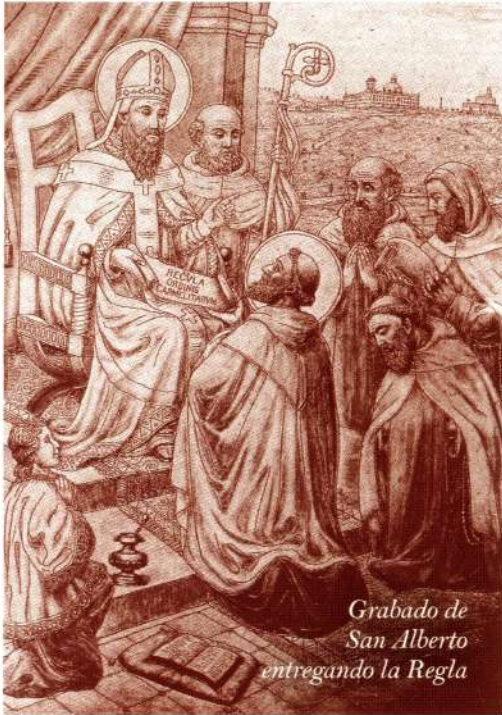
Regla recomienda nueve veces su lectura [c. 7, 10, 11, 14, 19 (x3), 20, 22]. Este rosario inagotable de citas de la Sagrada Escritura, explícitas e implícitas, a modo de sillares, le ha servido a la primitiva comunidad del Carmelo para edificar, como si fuera la construcción de una cúpula, un proyecto de vida. Distinguiremos en su construcción cinco niveles:

1. PROVISIONES BÁSICAS

Una vez establecido en el prólogo (cc. 1-3) cuál es la piedra angular, "in obsequio Jesu Christi vivere debeat" (2 Cor 10,5), el

primer paso en la construcción consiste en instalar los andamios y pertrecharse de las provisiones básicas que ayuden a organizar la fórmula de vida de los hermanos (c. 4-9; primer nivel): tener un prior; un lugar donde vivir; una celda donde habitar; una mesa común que compartir; la celda del prior, etc. Hoy lo llamaríamos hábitat, medio ambiente. En definitiva, la casa donde vivir con sus estructuras físicas más básicas. Puede parecer banal, pero necesitamos un ecosistema que nos proporcione los elementos indispensables para vivir. La Regla comienza con los pies sobre la tierra, con disposiciones concretas y no con un sistema vago de

valores. Nos movemos en el ámbito del "tener" (habere). Aquí, "habere", no tiene el sentido de "poseer", sino más bien el de "disponer de...". Si quiero leer necesito disponer de un libro. Pero, lo importante es leer, no apropiarse del libro.



Grabado de San Alberto entregando la Regla

2. INTERIORIZACIÓN

Alzado el edificio, sería ridículo vivir en los andamios. Habrá que habitar en la casa. Es éste el nivel de la interiorización (cc. 10-17; segundo nivel). No tiene sentido una casa si no es para habitarla; no tiene sentido una celda si no es para morar en ella; no tiene sentido la Escritura si no es para leerla y escucharla, etc. Es decir, damos un salto cualitativo, y nos damos cuenta que una estructura sólo nos sirve si crea un espacio que facilite encontrar un ritmo y un estilo de vida. La meta de esta interiorización es, a través de ejercicios muy concretos (la meditación de la ley del Señor día y noche, la recitación de los salmos y el Paternoster, la comunión de bienes, celebración de la Eucaristía, diálogo y corrección fraterna dominical, ayuno, abstinencia), adquirir un corazón puro y una recta conciencia [Gal 6, 1]. El fin no es la acumulación de bienes espiritua-

les, sino dejar a Dios ser Dios, propiciar la transformación en los niveles de la conciencia y del corazón.

3. TRANSFORMACIÓN

Empezamos a experimentar que somos revestidos de los mismos atributos de Dios y transformados en Él (cc. 18-19: tercer nivel). No todo está ganado -advierte la Regla-, el combate espiritual es necesario, pues, de Cristo heredamos la vida eterna, pero también heredamos a sus enemigos. Los enemigos de Cristo serán nuestros enemigos. La armadura de Dios será imprescindible, hasta que ésta se convierta, progresivamente, en un vestido de luz que el mismo Dios cose para nosotros. Un vestido hecho de obras de vida eterna, donde por encima de la desnudez del viejo Adán se verá sólo la gloria de Dios. Decía el epitafio de un rabino: "Por cada obra buena que el hombre hace en la tierra, un hilo de luz nace en el cielo. Muchas obras buenas hacen muchos hilos. ¿Para qué? Para tejer un vestido. Un vestido de luz para dar gloria al Dueño de las obras". Un vestido de luz que sea -ya aquí-, en esta generación, un destello del cielo, y donde el mundo vea las huellas de Dios actuando en nosotros. Hilos que son la misericordia, la bondad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, el perdón, la paz, el amor que es el broche de la perfección.

4. CONTEMPLACIÓN

La edificación de la cúpula continúa. ¿Se puede subir aún más en las cotas de la contemplación? ¿No estaría aquí el final de la Regla? La frase que remata la sección anterior es perfecta: "La Palabra debe habitar abundantemente en nuestros labios y en nuestros corazones. Y todo lo que debáis hacer, hacedlo conforme a la palabra del Señor" (c. 19). Pues, no. De hecho, no es éste el final. ¿Por qué? La Regla es muy consciente de que si la contemplación no nos devuelve a lo cotidiano no es contemplación.



San Alberto de Jerusalén, con la Regla



La contemplación sería sólo un episodio accidental si quedara reducida a arrebatos, arrobamientos y éxtasis que nos alejasen de la realidad. Es decir, la contemplación fácilmente se corrompe por falta de realismo, superficialidad, engreimiento, perfeccionismo moral, etc. ¿Se podría alcanzar nivel más sublime, una vez desescombrada y habilitada la casa para que Dios more? La Regla intenta custodiar el don divino de la contemplación de forma insólita aterrizando en lo más ordinario de la vida: "el trabajo en silencio" (cc. 20 y 21; cuarto nivel) para acelerar la venida del Reino de Dios (cf. 2 Pe 3, 12).

5. SI ALGUNO HICIERE MÁS...

El quinto paso nos lleva al mismo Centro de la dinámica mística de la Regla. Todo el camino andado hasta ahora está en función de este nivel. Estando revestidos de los atributos de Dios, trabajando, esperando en silencio, entregando la propia voluntad, y entrando en una dinámica mística, nos encontramos con otra cita de la Escritura que nos desinstala nuevamente: "Si alguno hiciere más, el Señor mismo, cuando vuelva, se lo recompensará" (c. 24; quinto nivel). Es como si aún se pudiera hacer más. Aquí, Alberto de Jerusalén, nos vuelve a bombardear con la Palabra de Dios, aludiendo a la parábola del buen samaritano.

Estamos acostumbrados a considerar al buen samaritano como la figura central de esta narración. Sin embargo, nos sorprende que esta frase, puesta en boca de Jesús y dirigida al posadero -figura que suele pasar desapercibida en este relato-, la Regla del Carmen con audacia la aplica directamente al carmelita. El carmelita es el posadero. La Palabra de Dios nos descubre que tenemos vocación de posaderos/as. ¡Casa siempre abierta para que Dios pueda entrar cuando quiera! ¡Espacio místico donde Dios pueda habitar! ¡Edificio concluido donde quepa toda la humanidad, incluso los que uno



nunca metería, porque vienen con el Señor! ¿Qué otra cosa es si no la mística que mantener abierto nuestro "profundo centro" para que Dios more?

Un día, cuando menos lo esperaba, cuando nada estaba planificado, ni organizado, cuando nada había bajo control, de repente, un Huésped inesperado (el Mesías) llega y entra en nuestra posada llevando un hombre medio muerto. En su ausencia, y sin pedir permiso –incluso, sin comprobar si tenemos sus mismos sentimientos de piedad- nos pide que nos ocupemos de lo que es suyo "hasta que vuelva". Dios irrumpe de forma sorprendente. ¿Quién dará más en semejante circunstancia? El hombre y la mujer transformados. No es cuestión de hacer más de lo estrictamente requerido por la Regla en el sentido de cantidad de "obras" o "virtudes". Ir más allá, rebasar lo que podría hacerse o exigirse, es mantener el centro de nuestra vida siempre abierto a Dios.

La Regla del Carmen, como recordaba el Bto. Tito Brandsma, ofrece, a quien la viva, un "camino santo y bueno" (c. 20) para convertirse en "otra madre de Dios", otra María, que, asintiendo a la Palabra, encarna la vida divina en el mundo.

P. Desiderio García Martínez, O.Carm.

*Santa Teresa enseñando a los doctores.
Carmelitas Descalzas. Huesca*

